baja, se acercó á ella con un aire un poco turbado; pero le dirigió la palabra con mucha benignidad: la Duquesa conoció, que aun era el Rey quien le hablaba, pues le fué fácil adivinar que él habia prescrito este paso, y su ternura no le permitió responder sino con una inclinacion respetuosa, y una mirada la mas afectuosa: de este modo salió del salon, reanimada y vuelta á la vida. Muchos cortesanos la acompañaron, disputándose la preferencia; y al concluir las escaleras llamaron á sus criados, y dijo ella: *supongo que mi silla fué una de las quemadas:* en efecto, era así. Entretanto que se informaban, llegó madama de Montespan sola, porque todos los favoritos del Rey estaban con su rival: su fisonomía estaba sombría, y su continente agitado. Madama de la Valliere, acercándose á ella, le habló con un semblante agradable y sereno; y madama de Montespan, aparentando un tono de ingenuidad, la felicitó por hallarse menos abatida que cuando entró al cuarto de la Reina: ciertamente, respondió la Duquesa con naturalidad, estaba entonces tan dolorida!.... pero ya no lo estoy.... A estas palabras, madama de Montespan se sonrió maliciosamente, con deseo que se observase su sonrisa: quería

poner en duda el favor de madama de la Valliere, y al mismo tiempo renovar la inquietud de su rival: la Duquesa no se alarmó; pero, penetrando su intencion, se irritó vivamente. A la sazon le avisaron, que su silla estaba reducida á cenizas: ¡ah! tanto mejor, exclamó, nos irémos á pie. Lauzun y el Duque de Roquelaure, se ofrecieron á acompañarla: el primero, que debia cenar en casa de madama Montespan, dirigiendo á ésta la palabra, se excusó de conducirla hasta su casa; á lo que ella respondió irónicamente: esto es muy sencillo, madama de la Valliere necesita mas de un apoyo, y yo puedo pasarme sin él (1). Sí, Madama, respondió la Duquesa, es cierto que necesito de apoyo; pero jamás lo busco; y concluyendo estas palabras la dejó. Entrando la Duquesa en su casa y hallándose sola, empezó á reflexionar todo lo que habia pasado aquella noche, y se confirmó en la dulce opinion de que habia recobrado todos sus

(1) La ironía de madama Montespan era ofensiva á la Duquesa en doble sentido: ella era coja, y se le suponía caída del favor del Rey; la Duquesa penetró su intencion, por eso en su aguda respuesta le dice, que *ella no busca apoyo;* aludiendo á la embidia de madama Montespan, é intrígas contra su rival.—*El Traductor.*

derechos sobre el corazon de Luis, ó por mejor decir, que nunca los habia perdido; mas ella conservó todas sus sospechas contra madama de Montespan: acababa de ver su despecho y acritud, y no podia olvidar una infinidad de rasgos, que probaban su ambicion y falsedad. Este mismo caracter la aseguraba mas; no se persuadía que el Rey concibiera una gran pasion por una persona, que bajo de ningun aspecto merecia su estimacion: á pesar de esto, se vió obligada á confesar, que madama de Montespan habia seducido al Rey un momento; mas pensó que esta fantasía pasagera solo habia dejado en su corazon un profundo desprecio ácia aquella que habia hecho traicion á la amistad, con tanto artificio y perfidia: imaginó que madama de Montespan no volvería á visitarla; pero se engañó. Esta, furiosa con el triunfo obtenido por la Duquesa, conoció que era peligroso manifestar al Rey su sentimiento: veía que Luis gustaba de que se honrase siempre el objeto que tanto habia amado; y que, por otra parte, conservaba á madama de la Valliere una adhesion que podia, á los ojos de los demás, confundirse con el amor: en fin, se persuadió, que jamás empeñaría al Rey á declarar públicamente su inconstancia, y rom-

per con la Duquesa. No obstante, madama de Montespan no podia contentarse con ser preferida en secreto; todos los intereses de su corazon y su vanidad, le hacian desear con ardor ocupar, sola, lo que se llamaba en la Córte la plaza de madama de la Valliere. Ella se repetia, que su rival no sabia distinguir el amor de la amistad; que crédula y confiada, no atribuía la frialdad del Rey sino á efecto de una larga habitud; y que siempre que él le manifestase los mismos cuidados y la misma ternura, estaría satisfecha, ó, al menos, no se quejaría jamás. Madama de Montespan tenía, indudablemente, por el Rey una violenta pasion, que la hacia mayor la gloria que este gran Príncipe acababa de adquirir: ningun sentimiento de honor era capaz de reprimir su ambicion: no ignoraba que todos conocian su debilidad, y que los numerosos enemigos de la Duquesa le mostraban tanto interés, porque esperaban que triunfaría de su rival. Conocía bastante la Córte, y estaba segura que todos sus partidarios la abandonarían, observando que estaba desavenida con la Duquesa, y no tenia ascendiente para obligarla de nuevo á dejar la Córte. Pero, ¿cómo se habia de manejar esta intríga, siendo Luis incapaz de semejante

crueldad, indignándose solo de que se le aconsejára, y debiendo la Duquesa conocerla por pruebas muy formales y positivas? Madama de Montespan no se atrevia á declarar la verdad, temiendo irritar al Rey: esto habría sido faltar á sus promesas, y rasgar groseramente el velo que cubria su ambicion. Era preciso, pues, que el acaso descubriese todo á madama de la Valliere, ó que al menos, le quedase alguna disculpa á madama de Montespan: esta reflexion le sugirió la idea de una extratagema, que ejecutó al momento.

Madama de Montespan tenia un librito de memoria con el retrato del Rey, y dos cartitas muy apasionadas, escritas de su propio puño: lo metió en su bolsillo, y se dirigió á casa de la Duquesa. Esta, no previendo tal visita, no habia podido excusarse, y se sorprendió sumamente al verla entrar. Madama de Montespan fingió una turbacion, que ciertamente no tenia, y daba á entender, que deseaba una explicacion, que rehusó la Duquesa. La conversacion fué lánguida y forzada; pero duró bastante la visita: se levantó madama de Montespan, y salió precipitadamente. Pasados algunos minutos, dirigió casualmente la vista la Duque-

sa, al lugar que acababa de ocupar madama de Montespan, y divisó un libro de memoria, abierto, de manera, que medio percibió el retrato del Rey: se quedó inmóbil un momento, con los ojos fijos sobre este objeto: en seguida, con una mano trémula, toma el libro de memoria, bien cierta que no se habia quedado por olvido, sino con algun designio: lo mira, conoce la letra del Rey, y empieza á leer temblando.... La primera carta estaba datada tres meses antes del viage de Amiens; y la segunda, despues de la vuelta. ¡De este modo se descubrió repentinamente la verdad á la infortunada Duquesa! La opresion que experimentó, creyó serle funestísima; porque no pudo verter una sola lágrima. Un amargo resentimiento, una profunda indignacion sofocaban su sensibilidad, ó, al menos, reprimian su desahogo: echando en su contorno miradas de admiracion, se veía sola en el universo; sola, con la vergüenza y los remordimientos!.... ¡Fausto ignominioso! exclamaba: ¡pompa horrible! ya puedo, en fin, despreciaros!.... ¡Un nudo fatal me tenia en este palacio; ya se rompió!.... yo no soy ya sino una esclava extrangera. Mas, ¿qué lugar me servirá de asílo? ¿Me atreveré á presentarme en mi pátria?....

¡No me basta huir; es preciso ocultarme: elegiré un retiro obscuro; allí podré vivir olvidada, y ya ninguno vendrá á buscarme!.... Esta última reflexion oprimió de tal modo su corazon, que sintió la abandonaban todas sus fuerzas; sin embargo, no quería llamar á ninguno para que la socorriese, y perdiendo ya el conocimiento, anunciaron á Benserade. La vista de un amigo la reanimó, se enterneció, y sus lágrimas al fin corrieron. Benserade, vívamente compadecido, le pregunta la causa de su situacion; y ella solo responde con un torrente de lágrimas, dándole al mismo tiempo el libro de memoria y diciendole, que madama de Montespan lo habia dejado allí. Y bien, respondió Benserade: está conocido que ella quiso instruiros de un secreto ignorado solo de vos; pero el medio de que se ha valido os prueba, que ella lo ejecutó sin consentimiento del Rey, y aun contra su intencion: cuando el Rey os ha ocultado esta intríga, tiene deseos de conservaros; vengáos de madama de Montespan quedándoos. Haced que nada sabeis, y que no habeis visto tal libro de memoria. ¡Qué me proponeis! exclamó la Duquesa, disimular? quedarme, cuando él me engaña y me hace traicion; cuando ya no me ama?....

Si vos quereis, replicó Benserade, reinareis siempre, sola, y á despecho de vuestra rival.... Ay! ¿qué me importa? interrumpió madama de la Valliere: cuando él no amaba sino á mí, ¿he querido reinar? No, respondió Benserade, é hicisteis un perjuicio á vuestro mismo amor. No creais que se liga sólidamente á los príncipes, sino aprovechando su favor brillantemente, y obteniendo de ellos gracias extraordinarias; las que conceden son, á sus ojos, y á los de las damas, la medida del sentimiento que experimentan; ellos creen haber amado, de modo, que no puedan romper, ni desdecirse, cuando se admiran de sus propios beneficios; no quieren formar nueva union, que daria el mismo derecho de tener igual ambicion; porque tienen interés en que se crea que no harian semejantes gracias por ninguna otra persona. Vuestra moderacion os ha valido la estimacion de los Parisienses; pero os ha privado de toda la consideracion que podiais haber tenido en la corte. Recobrad este imperio; aun es tiempo: no le tendreis como dimanado de la primera embriaguez de la pasion, será aun mas sólido; el reconocimiento y la amistad os lo darán, y nada os podrá quitarlo. Ay! exclamó la Duquesa: de

qué me serviria ese imperio odioso, que se me ofreceria como una indemnizacion!.... Yo lo he rehusado del amor, ¿y habia de recibirlo de la compasion? En el tiempo que he sido amada, he mirado como una especie de insulto las solicitudes de los que no conocia; los mandaba con sequedad á los ministros y demás personas públicas, y por eso me he formado tantos enemigos. Despues de haber sacrificado mi reputacion, queria honrar, al menos, con mi desinteres, el sentimiento que he tenido por él; queria, en fin, mostrar hasta qué exceso merece ser amado!.... ¡Yo, consolarme por la ambicion; usurpar un crédito deshonroso á mis ojos!.... —Llevais demasiado lejos vuestra delicadeza; la reflexion os dará otros pensamientos.—Jamás.— Mirad que es delicioso despojar y humillar una rival con todos sus partidarios; y si tomais un partido violento, colmareis todos sus votos.—¡Qué me importa su alegría!.... Yo no puedo pensar sino en mi dolor: que ellos triunfen ó no no seré por eso menos desgraciada. El no me ama ya! ¿Qué otro pensamiento puede unirse á este? Ay de mí! El zelo mismo no podria distraerme de él.... El no me ama ya! No soy ya necesaria á su felicidad; ¡qué digo! soy un

obstáculo á ella. El ya no padecerá estando lejos de mí; no me buscará; me olvidará! Ideas terribles, incomprensibles, hielan y confunden la imaginacion! Al pronunciar estas palabras, estaba pintado en el semblante de la infortunada tal trastorno, que Benserade se llenó de temor, y le dijo todo cuanto su amistad pudo sugerirle de mas consolatorio. La Duquesa no respondia; habia tomado su partido, y no se confia una resolucion firme, cuando se sabe que ha de ser combatida. Apenas Benserade se retiró, cuando la Duquesa, llamando á su secretario, escribió al Rey la siguiente

CARTA.

„Vos no me amais ya! He visto este de„creto horroroso, trazado, de vuestra propia „mano; le he leído!.... y al menos no me se„rá confirmado de vuestros propios lábios. Esa „voz, querida, que hasta ahora no ha herido mis „oídos, sino para asegurar mi corazon y enter„necerlo, no la oiré perjurarse! No veré en vues„tro semblante la expresion cruel de la confu„sion y la indiferencia.... Voy á partir!.... „Ay! ¿Cómo despojada ahora de toda ilusion quer„ría veros? Ya no os conocería!.... ¡O cielos!

„Qué será de mí! En todo el universo no en-
„cuentro mas que una horrorosa soledad, y en
„lo interior de mi alma una desesperacion, que
„se apodera de ella enteramente. Ay de mí!
„Cuando me amabais, conservaba aún la virtud
„por los remordimientos; vuestro amor aun los
„fortificaba: ¿podia consolarme, creyendome in-
„digna de vuestra ternura bajo de todos los as-
„pectos, y no justificar vuestra union por un ca-
„racter irreprensible? Mas, cuando he perdido
„vuestro corazon, ¿qué puedo echar menos? To-
„do me habeis quitado! sí, todo, hasta el sen-
„timiento, que acaso escusaba mis faltas. De na-
„da os culpo; no: vos no me habeis seducido;
„yo misma me he perdido! Antes que me hu-
„bieseis descubierto, yo os amaba: mientras que
„estaba ignorada de vos, oculta entre la mul-
„titud, yo no veía otro objeto que vos (1), ya
„no existia sino para vos: cuando vuestras mi-

(1) Esto hace referencia á lo que hemos dicho al principio. La Duquesa, cuando entró de camarista, por su genial timidéz, se ocultaba entre sus compañeras; pero no atendia en la córte sino á los movimientos del Rey, quien le habia inspirado grande interés, y deseo de conocerle personalmente, como se ve por el suceso del retrato en la Posada de Tours. Véase el tom. 1. fól. 25.—*El Traductor.*

„radas distraídas caían sobre mí solo por ca-
„sualidad, las mias os buscaban con anhelo!....
„Me entregué á vos sin esperanza; debia per-
„deros sin admiracion! Sí, yo sola soy la in-
„sensata y culpable; mas tambien sola soy dig-
„na de compasion! Ciertamente, que vos podeis
„olvidarme del todo! Que ¡cuando ausente gima
„en un profundo retiro, sin distraccion; ya no
„pensareis en mí! jamas oireis si existo, ó si he
„dejado de padecer!.... Qué aterrante idea! Ah!
„Ni la de la muerte me parecia tan terrible, du-
„rante los rápidos dias de mi felicidad! ¿Qué se-
„rá mi vida cuando, para siempre, me vea bor-
„rada de vuestra memoria? Pero, la compasion,
„quizá me presentará á ella algunas veces!....
„La compasion! Sí: ved, pues, el único sentimien-
„to que en adelante puedo esperar de vos! Des-
„graciada! Ayer, esta misma mañana, me creía
„amada!.... La noche pasada he gustado el mas
„dulce reposo. Mi primer pensamiento, al des-
„pertar, fué un sentimiento de felicidad; y una
„hora despues he visto desvanecerse, para siem-
„pre, todas las vanas fantasmas de una prospe-
„ridad engañosa! No me queda mas, que una re-
„putacion infamada; un amor desgraciado sin
„ilusion; una vergüenza indecible sin arrepenti-

„miento!.... Oh! si mi debilidad me llenaba de „rubor cuando era amada, ¿cómo soportaré aho- „ra el peso de la deshonra? No me queda otro „refugio que la obscuridad, ni otra esperanza que „el olvido!.... Poseyendo vuestro corazon, era „criminal á mis ojos; pero no estaba envilecida „á los de los demás! Vuestra gloria no reflejará „ya sobre mí; siempre me será grata; pero no „me dará el derecho de envanecerme. Habeis „separado vuestro destino del mio; y yo no soy „ya sino un ente desgraciado, inútil en la tier- „ra, y consagrado, hasta mi último dia, al dolor. „En medio de la sorpresa de una revolucion tan „súbita, en el tumulto de mis pensamientos, no „se me oculta que me es imposible conocer los „horrorosos pormenores de mi situacion, y me „estremesco al penetrar que cada reflexion debe „agravar mi amargura; así el tiempo, lejos de „ser remedio á mis males, no podrá sino llevar- „los á su colmo!.... Soy madre, ¡ay de mí! y „mis hijos no me pertenecen. Viendome preci- „sada á huiros, debo abandonarlos. Si alguna vez „salgo de mi soledad, será á verlos furtivamen- „te. Oh! cuánto se avergozarán de tener tal ma- „dre! Y ¿qué escusa les daré? ¡Sabrán que de- „jasteis de amarme!.... Hija mia! No la he vis-

„to desde que supe mi desgracia! ¿Qué haré, qué „le diré cuando me hable de vos? No pronun- „ciará vuestro nombre sin despedazarme el co- „razon; y sin embargo, desearé oirlo de su bo- „ca. Su ternura por vos es, aún, un vínculo pa- „ra mí tan dulce!.... Hijos mios! Vos los ama- „reis siempre! Existe, pues, todabia un sentimien- „to, que nos es comun, que ambos experimen- „tamos, sin que otro ninguno pueda participar de „él. A Dios! A mis hijos dejo todos vuestros do- „nes; solo uno llevo conmigo, y es, el primero „que recibí!.... Estos brazaletes no me dejarán „jamás!.... Ay de mí! Ya nadie me los envi- „diará! A Dios! Nunca os he amado tanto! Sí, „quiero deciros por última vez, lo que siempre „sentiré! Mas ya no me respondereis! Oh silen- „cio horroroso y terrible! el de la tumba es me- „nos funesto, porque le acompaña el reposo!.... „A Dios!.... Si alguna vez mi memoria se ofre- „ce á vuestra imaginacion, que no os turbe: he „merecido mi suerte por imprudente y débil: es- „toy resignada: gimo, pero no murmuro; mas en „cualquier instante que penseis en mí, decid: ella „llora lo mismo que el dia de su partida."

La desgraciada Duquesa encargó á uno de sus ayudas de cámara de entregar esta carta al

Rey, á su salida del consejo. Luego, despues de haber abrazado á sus hijos, vertiendo un diluvio de lágrimas, se arrancó de sus brazos, y fué á encerrarse al convento de Chaillot. Esta era la segunda vez que se refugiaba allí por su voluntad; mas ¡con qué diferencia, y qué mudanza en su situacion! La primera vez, pura todavia, huía de un amante apasionado: la arrogancia, la gloria, la virtud, todos los mas nobles movimientos del corazon sostenian entonces su valor; y ahora, despues de haber perdido su propia estimacion; oprimida de la vergüenza y el dolor; no previendo mas que una manifiesta desgracia, se oculta de quien la abandona.

Las religiosas de Chaillot, llorando sus errores, le habian conservado una tierna amistad. Madama de la Valliere, lejos de olvidarlas durante su morada en la córte, se complacía en colmarlas de beneficios, enviandoles todos los años limosnas para sus pobres, y ricos presentes para su iglesia. Su primer movimiento, despues de llegar, fué encerrarse sola en su aposento, adonde pasó el resto del dia, reflexionando y pensando poco. Ella fijaba el oído.... El menor ruido que viniese de los pátios, ó de ácia las puertas; el mas ligero movimiento de la ca-

sa, le causaba violentas palpitaciones de corazon, y luego caía en un estúpido abatimiento: así pasó el dia. Llegada la noche, perdió enteramente la secreta esperanza que confusamente habia conservado hasta entonces; y este momento puso el colmo á su dolor. La agitacion de una precipitada partida, y la idea vacilante del efecto que produciria en el corazon del Rey, la habian fortalecido hasta esta época; pero estaba ya ocho horas en Chaillot; la dejaban allí abandonada; no se dignaban responderle; se unian á la inconstancia, la dureza, el desprecio mas bárbaro!.... Qué reflexiones!.... El despecho y la indignacion, son de todos los sentimientos los mas penosos y mas amargos, para los caractéres que juntan la dulzura á la generosidad. Las nuevas impresiones que sentia madama de la Valliere, eran tanto mas dolorosas, cuanto se hallaban en oposicion con su sensibilidad natural. Hasta entonces su amistad, su profunda ternura por el Rey, habian aventajado su amor; pero su resentimiento y su cólera exaltando su pesar, parece aumentaban su pasion: sus sentimientos, mucho menos tiernos, se hacian mas violentos: la vanidad herida, les mezclaba toda la acritud de la personalidad, todos los tormentos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

del zelo. Su pensamiento se fijó en su rival, y con desesperacion: se representó á madama de Montespan con todo el brillo de su belleza, todo el encanto de sus gracias, triunfante, adorada, ejerciendo sobre el Rey un soberano imperio; vió á sus enemigos rodearlo, recibiendo de él los testimonios del favor, y formando á su rival una brillante córte. Recordó los consejos de Benserade; y aunque los despreció con tanta sinceridad como desden, se arrepentia de no haberlos seguido (1). Por la mañana hablaba solo el corazon, y en este momento de tan cruel abandono, el egoismo y el amor propio irritado, hacian oír sus voces tumultuosas. Sí, exclamaba, yo he debido quedarme; al menos los habria obligado á contenerse: jamás, en mi presencia, se hubiera atrevido á declararse abiertamen-

(1) Es muy dificil distinguir el amor que se profesa á los príncipes y á los potentados, de la galanteria; ó, al menos, que este no decline, tomando mas parte en él el amor propio que el corazon. Madama de la Valliere que, en tiempo de su privanza, por interesar mas á su amante no quiso brillar; porque solo apetecia reinar en su corazon; cuando ve preferida á su rival, aunque en secreto, ya siente no haber sofocado sus resentimientos, para derribarla; sin embargo que la infidelidad del Rey estaba cometida, y su triunfo solo seria exterior.—*El Traductor.*

te por ella. Fingiendo ignorarlo todo, yo obligaba á esta muger pérfida á prolongar un papel odioso, cuyo fin hubiera sido envilecerse á los ojos del mismo que me la ha preferido. No habiendo podido hacerme desterrar, ha precipitado mi fuga, y yo caí en el lazo!.... Ah! Qué he hecho? Ella, sin duda contiene al Rey; teme que vuelva á verme, y que me escuche!.... Piensa, pues, que podré enternecerle aún, y acaso atraerlo! ¡Y, qué! yo no estoy desterrada: ¿no podría volver á Versailles, y aparecer allí para confundir mis enemigos? Sí, quiero ver al Rey; hablarle; reprender en su presencia á mi rival su negra traicion: él sabrá con qué artificio ella ganó mi confianza; yo le diré: la amaba!.... Sí, mientras tramaba mi pérdida, la amaba!.... Ella me robaba vuestro corazon: ella os habia seducido; y yo la amaba!.... Sabré vencer mi natural timidez, y me vengaré.

La Duquesa no persistió largo tiempo en resoluciones tan contrarias á su caracter; muy pronto, succediendo el desaliento al despecho, la abandonó su cólera, y no le quedó mas que su desesperacion. Nuevamente empezó á acusarse de ser ella misma el origen de todos sus males.

Cuando todo el monasterio se recogió, el profundo silencio que reinaba, le causó una especie de sobresalto, pues se hallaba aun mas sola: se horrorizó, y á sí misma se temia. Ah! quién no temería entrar en lo mas profundo de su corazon, estando despedazado por el amor y los zelos! Es imposible entonces sondearlo, sin envenenarse, y aun sin descubrir nuevas heridas!.... Abrió la Duquesa una ventana que caía al pátio principal: hacia un calor excesivo, la noche estaba serena y brillante: fijó sus ojos, nadando en lágrimas, sobre la reja de fierro, que no se abria sino para los obispos y los principes, y se acordó que, seducida por el Rey, habia abierto con él esta puerta de la clausura. Gran Dios! dijo, que no tuviese entonces valor de resistirle! Habria, al menos, conservado su estimacion y la mia; estaria ahora apasible, honrada! Mas de ocho años han corrido desde aquella época fatal; y, á pesar de sus cuidados y su ternura, no he disfrutado en este tiempo un solo dia de tranquilidad!.... No me he endurecido en el vicio; no he cesado de llorar la pérdida de mi inocencia; me parece que solo he permanecido en un amor criminal, para agotar todas sus amarguras!.... Mas, cuánto me amaba! Con qué violencia, con

qué amor me forzó á seguirlo! Aquí todo me retrata la pasion que él tuvo por mí; y en el lugar que habita todo le convida á olvidarme! Mientras que yo, extrangera, profano este asilo de santidad; sola, desamparada, fugitiva, paso la noche sin reposo; esperando el dia sin proyecto ni esperanza; él está en medio de una córte floreciente, rodeado de gloria, de homenages y de placeres: puede echar menos á la desgraciada que ha sacrificado! Esta es la hora que él dedica todas las noches á la sociedad. Sin duda en este instante, entregado al encanto de una conversacion que le divierte, escucha con interés, responde con su gracia acostumbrada, y tiene la sonriza en sus lábios!.... Y yo, sucumbo á mis mortales penas! Mis gemidos se pierden bajo estas bóvedas solitarias; el éco del claustro repite por primera vez las insensatas quejas del amor.... El objeto que las causa no puede oírlas, ni ningun amigo recogerlas!.... A estas palabras se levantó, dió con un paso vacilante algunas vueltas en su aposento, y luego tomó la resolucion de ir á pasar una parte de la noche en el cementerio; no por buscar allí el fresco de la fuente y las yerbas, sino para retratarse mejor un evidente recuerdo, y acabar de embriagarse de

dolor. En aquel siglo famoso, las mugeres eran tímidas y medrosas: las mas sensatas y espirituales, no aplicaban su razon sino á su conducta, y al empleo del tiempo y de la vida: no procurando jamás penetrar los secretos de la naturaleza, su imaginacion viva y flexible multiplicaba los misterios y prodigios de aquella: perfectamente instruidas en sus deberes, y comunmente, aun en los negocios, teniendo las mas justas y las mas sanas ideas de la moral, probaban, que una extrema ignorancia de la física no se opone á la solidéz de caracter, á los encantos del espíritu, y á la perfeccion de costumbres.

Madama de la Valliere, educada en lo interior de una provincia, tenia, con mas razon que otra cualquiera, estas debilidades supersticiosas, que provienen menos de credulidad y de una creencia determinada, que de un entendimiento vivamente alucinado desde la infancia. Sin embargo, sin disiparse estas ideas sombrías, parece que un dolor profundo liberta del terror que ellas inspiran. La Duquesa, cuando todo el mundo se entregaba al sueño, bajó á media noche sola al claustro. Una lámpara espirante repartia una luz imperceptible en medio de un lar-

go dormitorio embovedado, que atravesó léntamente. Al entrar al claustro, se guió por la claridad de la luna, que alumbraba por las aberturas de los arcos. Ella oyó el ruido melancólico de la fuente; y el murmurio de esta agua, que serpenteaba al rededor de los sepulcros, le pareció formar quejosos sonidos; se conmovió, y se detuvo.... A medida que se acercaba, crecia su turbacion: avanza, y queda repentinamente petrificada de sorpresa, al aspecto de un objeto extraordinario: percibe de perfil una figura en la primera flor de la juventud, de una celestial belleza, que estaba de rodillas sobre el montecillo de césped, que servia de peana á la cruz, y abrazada de ella. La Duquesa, preocupada, creyó reconocer su propia figura, tal cual era en otro tiempo, en el mismo lugar, y en igual actitud cuando el Rey vino á llevarla.... Se acuerda de que en las tradiciones fabulosas se refiere, que quien ve una fantasma que se le parece, está amenazado de una muerte inevitable.... Se pone pálida, y fijando sus ojos sobre este objeto, que le parece inmóbil: gran Dios! exclama, representando mi imagen bajo los rasgos de la inocencia, que entonces tenía, y ahora he perdido, quereis á la vez reanimar mis re-

mordimientos, y anunciarme mi fin cercano! Mas, ¿por qué este horror que se apodera de mí, y me hiela!.... ¡O Dios de misericordia! yo debo temer la muerte: ¿y puedo sentir perder la vida, si me dais un verdadero arrepentimiento?.... Diciendo estas palabras, dió algunos pasos mas. Al mismo tiempo la figura prosternada se vuelve, y parece, á su vez, asustarse. Madama de la Valliere comienza á criar ánimo, notando que esta joven tiene velo blanco, y el hábito de novicia. ¿Quién sois? le pregunta.—Yo soy Emelina, responde la Novicia; mañana profeso, y me he levantado para venir á pasar aquí, orando, la noche.—¿Qué edad teneis?—Diez y seis años.—¿Os habeis levantado porque no podeis dormir? —Sí, no puedo; el gusto me lo impide: mañana es para mí un dia tan bello!.... ¿Habeis vivido en el siglo?—Estoy en este convento desde mi infancia, y jamás he salido de él.—Ah! sois felíz en efecto! Oh hija mia! no podeis conocer toda vuestra felicidad! No sabeis de qué peligros, de qué dolorosos combates, de qué pesares inútiles y devorantes vais á libertaros! Esa barrera invencible, que pondreis mañana entre vos y el mundo, es un fuerte que os defiende de los ataques mas temibles, y de las mas opresivas pe-

nas: esa reja que va á cerrarse delante de vos, para no volver á abrirse, os separará de los seductores, de los perversos, y de los envidiosos. Ah! No mireis jamás este sagrado recinto como una prision! que aquí solamente se puede gozar de la deseada libertad, de seguir constantemente, y sin obstáculo, los principios que se reverencian, y las inspiraciones de la conciencia.... Fuera de estas murallas, sereis cruelmente tiranizada por el ejemplo, la costumbre y las pasiones.... Aquí habitan la paz y la verdad; todo está en armonía con los sentimientos de un corazon puro é inocente!.... Hablando de este modo, madama de la Valliere, no podia contener sus lágrimas; su rostro estaba inundado de ellas.... ¿Llorais, le dijo la joven Emelina; teneis algun pesar? Orémos juntas, Dios os consolará.—Emelina, rogad por mí!—De todo mi corazon.... Pronunciando estas palabras la novicia, abrazó la cruz de fierro, juntando las manos con un compasivo fervor! Interesante Emelina, exclamó la Duquesa: no dejeis jamás ese reverente signo de nuestra salud: oh! no os dejeis arrancar de él nunca!.... Sus sollozos la impidieron seguir; aplicó el pañuelo á sus ojos, y se retiró. Vuelta á su aposento se acostó;

allí se representó mas vivamente el sueño espantoso que habia tenido, nueve años antes, en aquel mismo lugar; en el cual vió en medio de una iglesia desconocida, sobre una tribuna elevada, aquella figura magestuosa, convidandola á refugiarse bajo un velo misterioso, que le presentaba. Sus ideas religiosas, sus proyectos vacilantes, pero virtuosos, calmaron un poco sus vivos dolores; y, durante su sueño, vió siempre á la piadosa é inocente Emelina velando, y orando por ella al pie de la cruz. Dos horas despues de amanecer despertó menos agitada; pero poniendose á la ventana que caía al pátio, sintió muy pronto renacer una secreta esperanza que le volvió la turbacion, y todos los movimientos que habia experimentado el dia anterior.

Despues de hallarse sentada en la ventana mas de una hora, percibió á lo lejos el ruido de un hombre á caballo, á todo galope, y luego una berlina tirada por seis ú ocho caballos, que á poco paró delante de la puerta principal del convento. Sin poder cuasi respirar, escucho todo con un sobresalto inexplicable: tocan la puerta; corren las religiosas; hablan por la parte de afuera. Madama de la Valliere no

oye lo que dicen; pero se estremece, viendo que las religiosas bajan precipitadamente sus velos. El es! El es! exclama con transporte, y la alegría engañosa llega todavia á seducir su corazon agitado!.... Todo se perdonó, todo se olvidó: las penas, la cólera, el zelo, todo, hasta la fiereza.... Qué digo?.... Ah! lejos de conservar resentimiento, creía estar obligada á un reconocimiento apasionado. El es! El ama siempre! La memoria de lo pasado no deja otras señales en su alma, que el remordimiento de haber podido dudar de él. La reja se abre;.... mas, ¡qué sintió la Duquesa cuando en lugar del Rey, á quien esperaba con toda certeza, vé al gran Condé! El venia solo (1)! La desgraciada Duquesa se retira de la ventana, y toma asiento!.... Algunos minutos despues entra el Príncipe en su aposento; se avanza á ella con todo el aire de la diligencia y el esmero; le entrega una carta del Rey, diciendole: que él está comisionado para conducirla; que el Rey la aguarda con impaciencia, y está extremadamente afligido con su fuga.... En otra oca-

(1) En esta segunda fuga de la Duquesa fué el gran Condé á traerla, por órden de Luis XIV.